

# Masería

Rosita Quiroz Catuto

166

Era la cuarta noche consecutiva en la que soñaba con un bebé recién nacido; era lampiño y estaba limpio con una pulcritud que incomodaba. Le colgaba un cordón umbilical en forma de cuerda que parecía haber sido anudada por un marinero. Magali soñaba que lo cargaba y mientras lo hacía, la piel le ardía como hubiese sido arrancada para que estuviera expuesta al dolor del tacto. Repentinamente, en el sueño percibía un hedor a vísceras de pescado que provenía del niño. A veces, también Magali imaginaba que andaba descalza en su casa y que pisaba cuerpos cilíndricos pequeños, duros y babosos; cuando bajaba la mirada veía peces gordos. A algunos les colgaban las tripas y a otros se les notaba cómo diminutos gusanos se les retorcían en la carne. Pero Magali no recordaba sentir angustia o asco, ella se compadecía por esos peces muertos.

Magali despertó con un mal sabor aquella noche y con una parte de mejilla ensalivada. Su casa, que estaba cerca del mar, se encontraba atestada por una salinidad intempestiva, era una masería intensa y extraña porque apenas era febrero y el mar solo apesta a finales del año cuando termina la veda. Se sentó y empezó a palparse sus piernas y las tocaba ásperas. Pensaba, alarmada, que indudablemente se debía a la alergia dérmica que padecía desde hace seis meses. El dermatólogo le había diagnosticado un hongo no severo y le dijo que con las cremas que le recetaría po-

dría eliminar las erupciones. El doctor no dijo «escamosas», pero cuando ella tocaba esas heridas, en lo primero que pensaba era en una perela. Esa cuarta noche el hongo se extendió por sus muslos. Era una enfermedad cutánea que la obligaba a mantener un secreto debajo de sus trajes.

Esa mañana fue común. Magali había ido a comprar pescados al puerto para luego revenderlos en el mercado. Fácilmente comprendió, a lo largo de su vida, que sobrevivir económicamente era para los más sabidos, para los revendedores. No dependía de nadie y nadie dependía de ella. Cuando tenía 20 años, su único hijo, que apenas llegó a los 5, desapareció mientras jugaba en el mar; nunca hallaron su cuerpo. Magali no lo buscó, fue un evento liberador de lo que nunca quiso. Y desde ese instante había estado sola y ausente en el tufo de una tierra que le pertenece al mar.

Alrededor de las 21:00, Magali calentó agua para meter sus piernas y sacar algo de piel muerta. Mientras se halaba las pequeñas tiras de piel, recordaba las veces que había sido tocada por hombres, lo que había sido hace mucho. Ahora con 57 años y con llagas regadas en las piernas no podría ni imaginarse un amante. El agua caliente había ablandado la piel y las costras brillaban un poco con la luz del cuarto, aunque la bombilla por momentos bajaba la luminosidad. El ambiente se tornaba incómodo para quien no vive las brumas. Magali sentía frío luego de haberse remojado, pero no quería arroparse, ella empezaba a desear el mar con unas fuerzas lascivas que no había sentido ni por el sexo. Con las piernas mojadas salió de su casa mirando hacia las olas que traían una espuma lechosa, sus piernas iban húmedas y la piel le empezaban a arder como si hubiera restregado contra ellas una lima. Se acercaba

al mar cada vez con más velocidad como si el agua se le escapara. La luna, que vestía un amarillo pus, la miraba desde la cima.

El olor salino era más intenso; apestaba a arena usada; a cáver de peces; a metal, pero no como la sangre, sino como al hierro que se saborea de la hiel del vómito. Ahora el hongo había invadido los pies, las piernas y el sexo de Magali. Estaba deformando su piel y la convertiría en un ser infestado. Magali tenía medio cuerpo dentro del mar y sentía sus piernas unirse. Se frotaban entre sí para calmar el ardor y entre más las apretaba, el dolor desaparecía. Finalmente, Magali no volvió a sentir dolor. Se refugió dentro del mar con unas piernas convertidas en una cola escamosa, blanca y pulcra, que simulaba la piel de un coral.

168

### **Rosita Quiroz Catuto**

La Libertad, 2000. Estudiante de la Universidad de las Artes de Guayaquil. Ha incursionado en la docencia apostando a la exploración de la literatura infantil con niños de entre 6 y 12 años. En el 2020 colabora con la revista *Preliminar Cuadernos de trabajo* en el cuarto número: Fragmentos de un discurso del cuerpo, con la publicación de «Dossier poético: encuentro intempestivo con Doce fábulas urbanas». Publicó el cuento «Inhumano» (2021) en el segundo número del fanzine *Insomnia: cuentos de terror escritos por mujeres* (2022). Le interesa explorar, mediante la escritura, temas como las feminidades, el mar y lo incómodo. En sus narraciones frecuenta imágenes santaelenenses que intentan rescatar la realidad de la vida de los peninsulares y más que todo de la mujer peninsular.